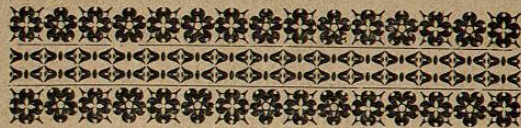


ni quería hablar sino de la honda impresión que le había causado la conducta de aquella americana; conducta que, lejos de hacerla odiosa y despreciable, le atraía postores que, como Sánchez, pagaran trescientos pesos al mes por apreciar sus prendas morales.

Amalia, con esa sagacidad y tino de que solo es capaz una mujer, creyó conveniente guardar cierta reserva acerca de lo que le contaba don Aristeo, quien, como se habrá comprendido, atribuía el reciente disgusto al único motivo que según él había de determinar en la casa todo género de calamidades: la cocota.

No fué muy difícil á Amalia conseguir que don Aristeo la pusiera al tanto de cuanto sobre el particular podía decirse, al grado que solo el canto de algunos gallos y cierto fulgor blanquecino que se empezaba á percibir en el cielo, pudieron cortar aquel relato que, según todas las apariencias, iba á acabar por volver loco al pobre compadre don Aristeo.



CAPÍTULO XVI.

DON ARISTEO Y LA COCOTA.

SÁNCHEZ durmió hasta la una del día.

Amalia salió de su casa á las nueve y media, dejando avisado que no se la esperase á comer.

Don Aristeo y Felipa siguieron hablando de la cocota en la asistencia, cada uno en su sillón.

—¡Vaya! ¡vaya con la impresión que me ha hecho á mí ese negociado, doña Felipa!

—¿Qué negociado?

—El de la cocota.

—No piensa usted en otra cosa.

—Y lo peor es, que mientras más pienso, menos lo entiendo y me estoy viendo tentado de una cosa.

—¿De qué cosa? ¡Ave María Purísima! Don Aristeo, ¿de qué cosa se está usted viendo tentado?

—No, no se alarme usted, doña Felipa, no quiero más que esto.

—¿Qué?

—Conocerla.

—¿Y para qué?

—¿Cómo para qué? para juzgar con mis propios ojos *eso* que debe tener esa mujer, ese privilegio exclusivo, esa cuadratura del círculo de á trescientos pesos mensuales en billetes de banco.

—¿Pero para qué se vá usted á meter en esas cosas, señor don Aristeo? ¿No considera usted que una mujer de esas ha de estar naturalmente excomulgada? porque de seguro no es cristiana.

—¡Qué cristiana vá á ser, doña Felipa! empiece usted porque es muy güera.

—Sí, eso ya lo sé; tiene el cabello casi blanco.

—Eso es lo que yo digo, esa mujer no ha de ser como todas, es seguro que tiene algo.

—En cuanto á lo demás, continuó Felipa, doña Ceferina que la conoce ya, dice que es bonita, pero que no le parece tanto como dicen.

—No lo crea usted, doña Felipa, esas son cosas de doña Ceferina, porque como ya no ve bien.....

—¡Ah! pues usted tampoco tiene muy buena vista que digamos, especialmente para conocer á las gentes; es usted muy mal fisonomista.

—No lo crea usted, doña Felipa; si yo encontrara un medio para acercarme á la cocota, le aseguro á usted que no le perdería detalle ni circunstancia hasta convencerme de lo que quiero.

—¿Y qué sacaría usted de todo eso?

—No, lo que es de sacar.... pero vea usted, doña Felipa, siempre es bueno saber y no que le cuenten á uno.

—¡Vaya! dijo doña Felipa como inspirada por una idea súbita; ya que tiene usted tanto empeño en acercarse á esa.... mujer de mis pecados, y que no le teme usted á la excomuni6n, sería bueno ver si de paso hacemos una cosa bien hecha.

—¿Cuál, doña Felipa?

—Quitarle á mi hermano ese quebradero de cabeza.

—Y ese gastadero de pesetas.

—Y esa inmoralidad.

—Y el escándalo.

—Y la ruina; porque mi hermano se arruina.

—Irremisiblemente, doña Felipa, júrelo usted.

—¿Pues qué le ocurre á usted?

—¿Qué sería bueno hacer? ¿con qué pretexto pudiera yo presentarme en su casa?

—¡Ah! ya caigo.

—¿Con cual, doña Felipa? ¿con cuál? veamos.

—Mi hermano no sale hoy.

—Es cierto, hoy es día de jaqueca, y si

acaso á la noche será cuando se vaya encaminando.....

—Pues bien, vaya usted á verla con pretexto de avisarle que mi hermano está enfermo, y una vez allí y para que no descubra á usted con mi hermano, le dice usted que la visita es á excusas de él y.....

—Etcétera, yo me introduciré, yo haré de modo..... no tenga usted cuidado, doña Felipa. Está decidido, voy, voy sin pérdida de tiempo.

—Vaya usted.

—¿Y si conseguimos que mi compadre se desimpresione?.....

—Figúrese usted qué triunfo para nosotros.

—Va á creer doña Ceferina que es obra de la novena que está andando por esta desgracia. Es seguro, figúrese usted que doña Ceferina la pobre.... es tan fanática.

—Conque voy, voy en el acto, solo que.... lo que siento es tener que ponerme camisa limpia..... porque en fin..... ella será todo lo que se quiera, pero supuesto que es una per-

sona limpia... porque yo supongo que ha de ser muy limpia, ¿no es verdad doña Felipa?

—¡Ah! por de contado, con trescientos pesos cada mes cómo no ha de ser uno limpia! que me den á mí la mitad y verá usted como ando toda la semana, albeando.

—Ya se vé. Conque... voy á vestirme, doña Felipa.

—Bueno, bueno, vaya usted pronto.

A poco rato volvió á presentarse don Aristeo.

—¿Qué hay? preguntó doña Felipa.

—Nada, que..... ¿me hace usted favor de pegarme este botón?

—Con mucho gusto.

—¿Y usted tiene curiosidad por conocerla, doña Felipa?

—¡Vaya! si estoy como usted, y no sé qué hacer para conseguirlo; y luego que como esa extranjera, supuesto que es tan güera y todo, no ha de ser cristiana, no hay modo de verla en la iglesia.

—¡Vaya! qué iglesia! para el infiernote que se ha de mamar la mi señora.



Pero va V. á rabiarse con esos botines D. Aristeo.

—Eso es seguro..... aunque vea usted, don Aristeo, en eso hay de todo, bien puede ser que se arrepienta á tiempo.

--Eso sí, si es á tiempo.....

—Ya está pegado el botón.

—Dios se lo dé á usted de gloria. Iré de negro, ¿no le parece á usted, doña Felipa?

—Sí, es lo natural.

—¿Y será cosa de guantes?

—Vea usted... siempre no será malo, porque ella ha de tener guantes.

—¿En su casa?

—Como dicen que gasta mucho lujo!

—En fin, llevaré mis guantes amarillitos.

Después de una hora, apareció don Aristeo otra vez en la asistencia: se había afeitado, estaba vestido de negro y se había puesto unos botines de charol que tenía guardados hacía seis meses, porque le habían lastimado horriblemente los callos.

Felipa examinó á don Aristeo de piés á cabeza.

Pero va usted á rabiarse con esos botines, don Aristeo.

—¿Por qué?

—¿Son aquéllos....

—Sí, son los mismos, pero han dado de sí, ya no me molestan.

Don Aristeo estaba mintiendo descaradamente, á juzgar por la manera con que tenía puesto el pié izquierdo sobre la alfombra; casi no pisaba.

—¡Ay! exclamó doña Felipa, ¿qué es lo que huele?

—Es el alcanfor; yo pongo alcanfor entre mi ropa para que no se pique.

—¡Ah! pues eso es fatal, es capaz de no recibir á usted esa.... esa señora, si va usted oliendo á alcanfor.

—¿Qué hacemos?

—Voy á ponerle á usted agua de Colonia.

Felipa trajo un frasco y roció á don Aristeo á toda su satisfacción.

—En fin, ahora con el aire libre acabará de quitarse el mal olor.

—Dios se lo pague á usted, doña Felipa. Conque si mi compadre pregunta por mí, le dice usted...

—Sí, que tuvo usted que hacer; bueno, hasta luego don Aristeo.

—Hasta luego, doña Felipa.

Ya había andado don Aristeo algunos pasos cuando le dijo Felipa:

—Don Aristeo, oiga usted.

—¿Qué?

—¡Cuidado! añadió Felipa riéndose; cuidado como se vá usted á enamorar de la cocota!

—¡Vá! ¡vá! qué doña Felipa tan candorosa!

—Es que....

—Es que voy prevenido.

—¿A ver?

—Mire usted.

Y don Aristeo sacó de la bolsa un rosario, del que pendían varias medallas y cruces y especialmente pequeñas bolsitas bordadas con chaquira y que contenían reliquias de un prestigio y un poder ilimitados.

—¡Ah! pues con eso.... dijo Felipa, no sin burlarse interiormente de don Aristeo.

Felipa se quedó pensando en la entre-